A  
R  
T  
E

# The PINK & BLUE Project

*Genética social, consumismo y una estética maniquea se conjugan en las fotografías en azul y rosa de Jeongmee Yoon. Barbie y Ken, ¿víctimas o verdugos?*

Jake



Imágenes de Jeongmee Yoon



Emily

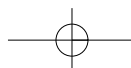
TEXTO  
MANUEL DALLO

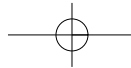
Pasear por la Gran Manzana en actitud decidida e inequívocamente turística y ser alcanzado por la mística franciscana del activismo anticonsumista es más cruel que mil tostadas cayendo por el lado de la mermelada. Sobre todo después de haber logrado sobrevivir a los calcetines de mi compañero de avión, un holandés desproporcionado y grosero que, como si hubiera condensado en un solo par los 40.000 pies de altura a los que volábamos, ostentaba un 47 reconcentrado y mortífero.

Paseaba, como decía, sin rumbo por el West Side, a la altura de la calle 26, después de haber estudiado meticulosamente el apartado de curiosidades de la guía que había adquirido, tarde y en francés, en el primer puesto que encontré junto a Chelsea Park. Me hice el firme propósito de acudir al Bronx al día siguiente y visitar la tumba de Melville, a quien, según decían, habían enterrado con las liturgias de una inadvertida ceremonia. Así fue, recreando mentalmente mi visita al cementerio Woodlawn para el día siguiente, como aterricé sin darme cuenta en la Jenkins Johnson Gallery, donde más tarde conocería a la enigmática Jeongmee Yoon. Era sábado y una discreta multitud, la mayoría asiáticos, había acudido al 521 West para la firma de The 5th Daum Prize: The Pink & Blue Project, monográfico de una recién inaugurada exposición que, según averigüé más adelante, había pasado las últimas semanas en la galería La Caja Blanca, en Palma de Mallorca. Llamó la atención mi presencia, el ruido de las bolsas raspando el marco de la puerta al entrar, el gesto que la guía entre los dientes imprimía a mi cara. Reulé y, en mitad de la acera, procedí a repartir pesos. A la derecha dispuse las firmas norteamericanas (Levi's, American Apparel, Nautica...) y la izquierda me guindé unos abultados zapatos de Mango, mi guía en francés y el panfleto informativo que nada más superar el umbral de la puerta me surtió una joven bien parecida a la Shirley MacLaine de Irma Douce.

Creo que era el único de los allí congregados que no llevaba al cuello una cámara digital de última generación. Poco queda ya, me dije mientras me dirigía a la primera de las salas, de cuando, tras captar una instantánea, se corría el celuloide con el pulgar y escuchábamos un carraspeo, como de flema, con el que se bobinaba la película. Con la aparición del píxel no había ciudad en el mundo que no defraudara al primer contacto, lo que había hecho posible que, mucho antes de haber puesto un pie en el JFK, ya estuviera al corriente de las excentricidades de las solteras neoyorquinas y del cóctel de moda en el Lower East Side, que hubiera accedido en calidad de VIP a la trastienda de la boutique más cool del Soho y conociera el paradero del último asesino en serie, al que yo mismo había perseguido, virtualmente, desde un helicóptero de la NBC. El píxel había acabado con Nueva York (con mi idea prematura de Nueva York) y yo estaba apunto de presenciar una exposición de fotografía en mi primer viaje a la ciudad, algo que ni el propio Melville se vería en disposición de perdonar.

Las fotos de Jeongmee Yoon me fascinaron, no sólo por su rigurosa elaboración, las ingeniosas y sutiles perspectivas de su medio formato o la nitidez con que consigue homogeneizar los tonos, también, y sobre todo, por el trasfondo que, como un jarro de





agua fría, cae sobre los espectadores y sus diminutas cámaras digitales. Cada una de las cuidadas composiciones consigue incidir con candidez e ironía en la construcción de la identidad a través de los objetos que nos rodean. Es un tema recurrente en la artista surcoreana la aglomeración de los objetos y su relación con los sistemas sociales. Entre 2000 y 2004, realizó una serie titulada Space-Man-Space donde aparecen comerciantes de Seúl clasificando y organizando los artículos de sus respectivas tiendas a fin de mostrar el mayor número posible en espacios muy ajustados. En The Pink & Blue Project es ella misma la que dispone los objetos como en un particular museo infantil y se inmerge, después, en el universo del rosa y el azul como catalizadores de género. Para Yoon el color no tiene más significado que el que queramos darle, bien el que estemos dispuestos a acatar o puede que el que se nos imponga a merced de unos patrones sociales que van variando. Ya en la Antigua Grecia se vestía a los niños en rosa y azul del mismo modo en que se hace hoy. Sin embargo, hasta la II Guerra Mundial el código helenístico se había ido invirtiendo a razón de una inconsciente asociación del azul a la docilidad e inocencia de las niñas y del rosa (en versión de rojo descolorido) al poder y la fuerza de la hoy trasnochada épica masculina. Más allá, un reciente estudio de la Universidad de Newcastle está llevando a cabo un viaje de millones de años al hombre de las cavernas, a la caza de mamuts y a las monocromáticas pinturas rupestres para dar sentido a un lenguaje que muta con el paso de los siglos pero que resulta siempre el mismo.

Alguien rompe el silencio de la galería para preguntar, libreta en mano, cómo es la experiencia de trabajar con niños. Yoon explica que la idea original se la debe a su hija de cinco años. "Tiene verdadera pasión por el rosa. Toda su ropa y sus juguetes son rosas". "Sin embargo -matiza- trabajar con ellos no siempre resulta fácil. Les pido que miren con inexpresividad, y luego espero mi momento". De esa fingida ingenuidad se sirve la ganadora del Daum Prize 2007 para sacar a colación las carroñas de la comunicación de masas, el consumismo, la publicidad y la forma en que se expresan la feminidad y la masculinidad en términos de mercadotecnia y psicología barata. Para esta artista a caballo entre Nueva York y Corea del Sur, "las robustas diferencias entre las preferencias de color entre niños y niñas es perfectamente predecible. Lo realmente sorprendente es su universalidad, pues este fenómeno puede ser generalizado para los diversos grupos étnicos, independientemente de sus antecedentes culturales". Y así ocurre. No hay cultura en que el negro no encarne, en alguna de sus disciplinas, males y temores, erigiéndose en el símbolo de la muerte; contrapesando la balanza, el blanco es pureza y limpidez, en él habita la inocencia de espíritu, el claror de la existencia. No pudo ser otro que Melville quien, en una soberbia exhibición de negro sobre blanco, concibiera el primer monstruo albino, una ballena tan inmensa como los pies del holandés con el que compartí asiento durante nueve horas.

Poco después de salir de la Jenkins Johnson Gallery pude verme reflejado en un centenar de escaparates antes de llegar a mi hotel. Parecía uno de aquellos chavales rodeados por una multitud de objetos cuidadosamente ordenados por tamaño, forma y color, mimetizando las cualidades estéticas de sus juguetes, en un esfuerzo por convertirse en uno de ellos, en un punto más del inmenso pastel azul o rosa. Estaba cayendo la tarde y el pixel volvía a invadir mis pensamientos. Me habría gustado reunir el valor suficiente para desnudarme frente a alguna de aquellas tiendas y resolver el viejo misterio que desde tiempo remotos nos convierte en esclavos de nuestras posesiones. Pero no lo hice. Preferí, en cambio, adquirir una cámara digital, de última generación, para inmortalizar algunos momentos de mi viaje, incluido al propio Melville en su discreto y privilegiado refugio al norte del Bronx. **[1]**



Kihun



Yerin



Donghoo



Seohyun



Terry